

Deportación de judíos del 'ghetto' de Kovno (Lituania) en 1942. US HOLOCAUST MEMORIAL MUSEUM / COURTESY OF GEORGE KADISH / ZVI KADUSHIN

El Holocausto de los libros

David E. Fishman ejecuta una labor investigadora brillante en un ensayo sobre uno de los hechos más enternecedores y menos conocidos de la II Guerra Mundial en Lituania

PEPE PÉREZ-MUELAS ALCÁZAR

La famosa cita de Heine era solo el principio. Donde se queman libros, se terminan quemando también a las personas, escribió en Almansor, en 1821. Un siglo después, la historia demostró dos hechos derivados: donde se queman personas, se terminan por quemar aún más libros. Y la segunda, más heroica aún: las personas que están a punto de morir quemadas, gastan sus últimos días en salvar libros. Eso es lo cuenta 'Contrabandistas de libros', el ensayo de David E. Fishman publicado por Ediciones La Tormenta.

Con una viveza estilística desbordante, Fishman analiza uno de los hechos más enternecedores y menos conocidos de la II Guerra Mundial. Se trata del ocultamiento y posterior rescate de diversas bibliotecas hebreas y en lengua yidis en la Vilna ocupada por los nazis y la posterior subordinación soviética. Toda una batalla épica, al margen de las balas y las bombas, que supuso uno de los mayores gestos civilizatorios de todo el siglo XX.

La Jerusalén de Lituania

El libro propone un punto de partida anterior a la guerra. Recorren los primeros capítulos el ambiente cultural de Vilna, ciudad que durante el primer tercio del siglo XX había pasado a formar parte de diversos estados, entre Polonia, la URSS y la independiente Lituania. La ciudad era un crisol cultural, un correcalles de idiomas y religiones donde la convivencia se establecía como manera de supervivencia. Polacos, rusos, lituanos, alemanes y judíos se sentaban en las mismas plazas y en tiempos de paz se erigía entre ellos cierto respeto llamado convivencia.

Desde el siglo XVIII, Vilna se había distinguido por la profusión cultural judía, sobre todo en lengua yidis. No es casual, por tanto, que el YIVO, el centro cultural encargado de preservar y difundir el idioma de los judíos centroeuropeos, se fundase en el casco histórico de la ciudad. Creyentes de todo el mundo entraban en la gran sinagoga de Vilna para recibir una sabiduría antigua, conservada desde centurias atrás. Fue en la capital de la actual Lituania donde el yidis alcanzó rango cultural de prestigio, gracias al impulso de escritores como Sholem Aleijem, cuyas obras fueron leídas, interpretadas y estudiadas en esas mismas calles, a la par que se leía a Tolstoi o Chejov.



Portada de 'Contrabandistas de libros', publicado por La Tormenta.

Pero todo eso cambió con la Operación Barbarroja y la invasión alemana de la Unión Soviética. La marcha de los ejércitos hacia el Este desembocó en una de las mayores atrocidades de la historia, el asesi-





Fotografía antigua de la Gran Sinagoga de Vilna alrededor de 1934. **LIFE BEFORE THE HOLOCAUST**

El ocultamiento y posterior rescate de diversas bibliotecas hebreas y en lengua yidis en la Vilna ocupada por los nazis y la posterior subordinación soviética fue una batalla épica

En la capital de la actual Lituania, el yidis alcanzó rango cultural de prestigio gracias al impulso de Sholem Aleijem, cuyas obras fueron leídas, interpretadas y estudiadas en esas mismas calles, a la par que se leía a Tolstoi o Chejov

Vilna fue liberada, pero la URSS demostró que compartía la misma política antisemita que la Alemania nazi

nato de más de seis millones de judíos. No quedaría indemne la ciudad que los sabios apodaban la Jerusalén de Lituania, y los nazis, calculadores, sabían que detrás de una comunidad hay una lengua, y tras esta una literatura, la forma más noble de conservar la memoria colectiva. No iban a dejar pasar la oportunidad. Matar el pueblo judío significaba también quemar sus libros.

El doloroso camino hacia Ponar

Una vez que Vilna cayó bajo la soga nazi, se organizó todo el exterminio judío de una manera meticulosa. Se crearon dos ghettos, en los que fueron recluidos todos los habitantes que portaban la estrella de David en el pecho. No hubo piedad con los niños, a los que disparaban desde los edificios ministeriales, ni con las mujeres, a las que violaban y trataban como ganado. Si la lituana era una de las sociedades con mayor población judía de toda Europa, el Holocausto sería mucho más pronunciado allí que en otras partes del Este. Se estaba exterminando a toda una cultura que había originado las mismas avenidas y plazas de Vilna.

Fue en 1942, con el destino de la comunidad perdido, cuando un grupo de eruditos, escritores, bibliotecarios y simples lectores decidieron desafiar a las autoridades nazis y jugarse aún más la vida. Personalidades como Shmerke Kaczerginski, Zelig Kalmanovich, Rachela Krinsky, Herman Kruk o Abraham Sutzkerver, acompañados de varias decenas de rostros anónimos, escodieron el mayor número posible de libros de tradición hebrea, con la máxima de que quien salva a un libro está salvando a un bebé, tal es el destino de la civilización.

David E. Fishman

Todo parte de la banalidad del mal. La Alemania Nazi se había tomado tan en serio la tarea de aniquilar la cultura judía que había creado el Einsatzstab Reichsleiter Rosenber, el organismo encargado de la apropiación de bienes culturales. En la práctica, era una institución que se tenía como fin catalogar y destruir el patrimonio judío hallado en el Este. En las grandes piras de la vergüenza no solo ardían Torás, sino la memoria de generaciones que durante siglos habían construido un legado cultural inigualable. Como destino final, muchos de esas obras eran expoliadas y mandadas a Alemania.

Los encargados de catalogarlas no podían ser otros que judíos, los únicos que podían leer yidis o hebreo.

La conocida como Brigada del Papel ocultó miles de libros en sótanos, en las tripas del ghetto, en buhardillas húmedas de soledad, en el miedo de los abrigos antes de la inspección de los guardias de asalto. A la medida que la población judía iba desapareciendo, las estanterías del YIVO y de otras instituciones sobrevivían escondidas con las esperanza de que acabase la guerra. La mayoría de los judíos de Vilna fueron asesinados en los bosques de Ponar. En el instante en el que las fosas comunes se abrían, habitantes del ghetto enterraban un libro, un manuscrito o una pintura, como si su propia vida estuviese en juego.

La segunda muerte de los libros

Tras el asesinato de muchos miembros de la Brigada del Papel, Vilna fue liberada. Pero lo que le esperaba a la antigua Jerusalén de Lituania no era la libertad, sino la victoria soviética. La URSS demostró que compartía la misma política antisemita que la Alemania Nazi. A los héroes diezmados del ghetto se les exigía ahora una tarea descomunal: recuperar los libros de los sótanos sobre los que habían caído las bombas, bajo metros y metros de tierra, y luego trasladarlos en secreto hacia Estados Unidos, donde se había instalado la sede del YIVO al iniciar la guerra.

Es uno de los grandes momentos del ensayo, donde Fishman ejecuta una labor investigadora brillante para delimitar cada una de las vidas que hicieron posible el segundo milagro de los libros. Los devenires históricos son tratados con respeto en Contrabandistas de libros, sin olvidar que los hombres no pueden desligarse de sus pasiones y sus circunstancias. La historia oficial se pega a la experiencia humana, a la pérdida del Holocausto, al desgarro de la soledad y la pregunta de dónde ir cuando toda la comunidad ha sido asesinada.

En tiempos de oscuridad, cuando la vida no valía nada, un grupo de intelectuales decidió sobreponerse al terror y sacrificarse por un bien mayor: la supervivencia de la cultura judía. Hoy, cuando alguien lee una obra de teatro de Sholem Aleijem, o los diarios de Theodor Herlz, el hombre que entendió que los judíos debían tener un lugar propio sobre la tierra, o traduce desde el hebreo un salmo de la Torá, está homenajeando a aquellos hombres y mujeres que, en la muerte, decidieron otorgar vida a las siguientes generaciones. Es justo que se cuente su experiencia. Es gratificante saber que entre tanta barbarie hubo gente que quiso salvar libros para que nosotros los leamos.